

lieron de entre los árboles y de detrás de las paredes multitud de antorchas, y con acento más grato al corazón que suave al oído, un coro entonó con voz robusta un: «¡Viva la condesa de Eberbach!»

Luego una nueva descarga dió á Federica otro susto igual al que le había producido la primera.

Los criados colocáronse en fila á ambos lados de la escalinata, y Hans acudió á abrir la portezuela de la silla de posta.

—Gracias, amigos míos—dijo Federica;—pero por favor no hagáis más disparos.

No acababa aún de pronunciar la joven estas palabras, cuando una tercera descarga más formidable que las precedentes hizo retemblar los cristales del castillo.

—Perdónenos la señora condesa—dijo Hans,—son los de Landeck, que han creído serle gratos quemando un poco de pólvora en su obsequio; pero se les va á avisar para que cesen.

—Os lo agradeceré—profirió Federica.

Y dejando á la señora Trichter que pagase al postillón, la joven entró en el castillo acompañada de Gretchen.

—¿Cenará la señora condesa?—preguntó el cocinero.

—Al instante—respondió Federica;—pero ante todo condúzcanme á las habitaciones que me han preparado.

Una mujer, esposa de Hans, tomó una bujía encendida y condujo á la joven al aposento que en otro tiempo estuvo destinado á Cristiana.

Gretchen subió en compañía de Federica.

—Dejadnos—dijo la condesa á la criada.

## XII

### Terror contagioso

Una vez la mujer de Hans estuvo fuera, Federica se volvió hacia Gretchen y la dijo:

—Ya nos encontramos á solas. Explicadme lo que no habéis querido decirme en la silla de posta. ¿Por qué la noticia de mi casamiento con el conde de Eberbach al parecer os ha llenado de admiración y de tristeza?

—No, aquí no—profirió la cabrera.—En este aposento han pasado sucesos espantosos y su recuerdo nos sería fatal. Vámonos á la pieza contigua.

Y Gretchen, al decir estas palabras, tiró del brazo á Federica y la condujo al saloncito inmediato al aposento en que tanto había sufrido Cristiana.

—Hablad—dijo la joven;—pero ¡cuán pálida estáis!

—¡Es que me mata el miedo!—repuso la cabrera.

—¿Miedo de qué?

—¡Vos condesa de Eberbach!—profirió Gretchen sin responder á la pregunta de Federica.—¡Ah! ¡yo me tengo la culpa! ¡es el castigo de lo que he hecho! Mi deber era hablar; pero no, me estaba vedado; juré guardar silencio. ¡Virgen Santísima! ¿es posible que Dios abruma por tal modo la conciencia de una humilde criatura?

—¿Pero qué queréis decir?

—Federica... señora... Me habéis comunicado una noticia que me ha llenado de consternación, pero también habéis proferido algunas palabras que me han hecho entrever una vislumbre de esperanza. ¡Oh! por favor os ruego que no os enfadéis de la pregunta que voy á dirigiros.

—Sólo vuestro silencio puede ofenderme.

—En el coche me habéis dicho que cuando casasteis con el conde de Eberbach, éste estaba enfermo y casi moribundo; que el día mismo de vuestra boda, llegó el señor Lotario; que

el conde os prometió á su sobrino, diciéndoos, al mismo tiempo, que vos erais no su esposa, sino su hija; y que os instaló en el campo mientras él se quedaba en París. Perdonadme, señora, que tal os pregunte; pero en ello va la tranquilidad de una conciencia. Vos sabéis cuán devota os soy. El viaje que acabáis de hacer en coche, yo lo he efectuado diez veces á pie sólo para entreveros y saber de vos. Pues bien, en recompensa de mi devoción y de mis fatigas, no os pido sino que con una palabra saquéis mi alma del infierno. Señora, ¿no es verdad que el conde de Eberbach nunca ha sido para vos sino un padre?

Federica se sonrojó.

—¡Oh! por la tumba de vuestra madre os conjuro que no os detenga un miserable escrúpulo; ya veis que los acontecimientos son demasiado terribles para que puedan oponer obstáculo alguno esas vanas susceptibilidades de palabras. ¿Verdad que el conde de Eberbach no os ha tratado nunca sino como á hija? Respondedme como lo haríais en el juicio final.

—Ya os lo he dicho—respondió Federica con turbación que confirmaba, por decirlo así, sus palabras:—el señor conde de Eberbach se estaba muriendo cuando se le acudió la idea de casar conmigo. Supe que, en su bondad paternal, no había pensado en darme su apellido más que para gozar del derecho de donarme parte de sus bienes. Así se ofreció él y así acepté yo. Además, el conde supo el amor de su sobrino, lo cual ha sido para él una nueva razón para respetar el pacto acordado con el señor Samuel y con su conciencia, al que no ha faltado hasta lo presente, ni temo que falte nunca. El conde de Eberbach tiene el alma demasiado noble y demasiado pura para que yo conciba la más leve sospecha respecto del particular. Para él no he sido nunca ni seré sino la prometida de Lotario.

—¡Oh! ¡gracias!—exclamó Gretchen—me habéis quitado un enorme peso de encima; de nuevo empiezo á respirar.—Y arrodillándose, añadió:—¡Bendito seas, Dios mío! Te has compadecido de una pobre mujer que no hubiera resistido esta última desgracia.

Luego se levantó, besó las manos á Federica, y dijo:

—La misericordia de Dios nos ha preservado hasta hoy; pero es menester pensar en lo porvenir.

—Lo porvenir no se diferenciará de lo pasado—profirió la

joven.—Seré la condesa de Eberbach hasta el momento de casar con Lotario, momento que ojalá tarde en llegar, por mucho que mi corazón sienta. Mi deseo es que el conde viva, que se restablezca...

—¡No!—exclamó Gretchen fuera de sí,—es menester que no cure. Vos habéis casado con él porque estaba enfermo, moribundo; pero precisa que no recobre la salud, pues de lo contrario adiós mi tranquilidad. Para decidiros, os dijo que se estaba muriendo; por consiguiente él es quien ha dictado su sentencia.

Gretchen pronunció estas palabras con gesto desatinado y singular.

—¡Oh! no creáis que he perdido el juicio—dijo la Cabrera á Federica, que la estaba contemplando con admiración;—es que en la esencia de todo esto hay lo que no puedo deciros. Pero á vos, que no estáis ligada por juramento alguno ni sois depositaria de secretos terribles, nada os veda decirlo todo. No obréis como hasta ahora, pues vuestro silencio ha estado en un tris como no ocasiona la perdición de tres personas. Pero decidme, ¿por qué venís aquí y sobre todo por qué venís sola?

Federica contó á Gretchen las molestias que desde la primavera le habían suscitado la singularidad de su posición entre Julio y Lotario, los celos del conde de Eberbach, su tristeza al ver que á pesar de su buena voluntad no lograba sino ocasionar pesadumbres á Lotario y á Julio, y el consejo que le había dado Samuel de tranquilizar, cuando menos, al conde, poniendo doscientas leguas de distancia entre ella y la ciudad donde vivía Lotario, pues de este modo Julio no temería ya que pudiesen encontrarse.

—Si me he venido—añadió la joven—ha sido para tranquilidad del conde, el cual es indudable que, dichoso y agradecido, va á llegar aquí cuanto antes.

—¿Vos lo creéis así?—preguntó Gretchen.

—Lo espero y le aguardo—respondió Federica.

—Está bien—dijo la Cabrera.—Le veré; hablaré con él; pero ¡Dios mío! ¿qué le diré?

—Ahora que he respondido á vuestras preguntas—repuso la joven,—os toca á vos responder á las mías.

Gretchen movió la cabeza.

—Creo en vuestro afecto—prosiguió Federica.—Me habéis probado que os interesáis por mí, y yo acabo de demos-

traros que tengo confianza en vos. Sin embargo, ignoro quién sois, y cuando os pregunté cómo os llamabais para enviaros á Heidelberg, en lista de correos, las cartas que se me ocurriese dirigíros, me disteis un nombre supuesto.

—Poco adelantaríais con saberlo—dijo la cabrera.—Si queréis que os lo diga, me llamo Gretchen, y soy pastora de cabras. Ya veis que estas noticias os aprovechan poco.

—¿Quién sois?—insistió Federica.—Siempre me interrogáis y nunca queréis responder. Os preocupáis conmigo lo mismo que si yo fuese hija vuestra; todos los años hacéis larguísima caminata para verme por espacio de algunos minutos, y lo que me sucede os trastorna más que á mí misma. Para obrar de esta suerte, es menester que os asista una razón. Demás, cuando el acaso me conduce lejos de la ciudad donde he sido educada; cuando vengo á una tierra en la cual no espero ver rostro alguno conocido, vos sois la primera persona con quien me encuentro. Esto es extraordinario, y me demuestra que en realidad entre vos y yo existe una conexión que no acierto á adivinar. Así pues, os ruego con todo encarecimiento respondáis á una sola pregunta: ¿conocéis á mi madre?

—No me dirijáis semejante pregunta—dijo Gretchen,—pues respecto del particular mi boca está sellada. Soy una pobre mujer que os quiere y ha jurado por Dios y por los muertos velar por vos. No temáis, no quebrantaré este juramento, pero tampoco el otro. He jurado no decir nada. Nadie sabe nada, ni vos, ni aun el conde de Eberbach. Los muertos levantarían la losa de su sepultura y vendrían á poner su helada mano en mi boca para impedirme que hablase. Sin embargo, ¿cómo salvaros sin decir la verdad al conde? ¿Cómo, si no le ilumino referente á lo pasado, verá el abismo? ¡Guiadme, Dios mío! porque temo que se me extravíe la razón y ha llegado el momento en que necesito tenerla más clara que nunca para salvar á esta querida y amable criatura del peligro en que la han precipitado mis imprudencias.

Prontamente Federica profirió una voz que arrancó de su sombría divagación á Gretchen.

—¿Qué os pasa?—preguntó la cabrera.

—Una cosa muy singular—respondió la joven señalando el espejo que ante ella había:—al mirar por casualidad ese espejo, me ha parecido ver en él dos imágenes mías. ¡Ah! era el retrato ese—añadió, volviendo el rostro hacia la pared frontera del mueble y señalando el de la hermana de Cris-

tiana.—Pero mi error no ha sido tan completo como eso y no sin razón mis ojos se han admirado. Mirad cuánto se me parece ese retrato, Gretchen.

—¡Oh! es cierto—profirió la cabrera;—hasta ahora no lo había notado; prescindiendo del traje, cualquiera diría que sois vos.

—Lo que me sucede es estupendo—dijo Federica, fijando una mirada interrogadora en Gretchen.—¿Qué significa esto? ¿Por qué se me parece por tal modo ese retrato? ¿Sabéis á quién representa?

—Sí—balbuceó la cabrera,—es el retrato de la hermana de la primera condesa de Eberbach.

—¿De la hermana de la señora Cristiana?

—Sí—respondió Gretchen.—¡Pero palidecéis, señora!

—Tengo miedo—dijo Federica.—El señor Lotario es el sobrino de la señora Cristiana; luego ese retrato es el de la madre del señor Lotario, y yo me parezco á ella... ¡Gretchen! ¡Gretchen! ¿acaso la madre de éste lo era también mía?

—¡Oh! sosegaos, señora, no sois hermana del señor Lotario.

—¿Estáis bien segura de lo que decís?—preguntó la joven respirando.

—La señora á quien ese retrato representa—repuso Gretchen,—murió muchos años antes de que vos vinieseis al mundo. Yo asistí á su muerte.

—¡Gracias!—exclamó Federica.—Ahora veo que verdaderamente sois mi amiga.

—Pues bien, si conocéis que os llevo verdadero afecto, haced como yo os digo, y dejaos conducir por mí, única en el mundo ¿ois? que sabe los peligros que corréis y de los que puedo salvaros. Sin embargo, no me interroguéis nunca; no queráis conocer vuestro pasado ni vuestra cuna. Por respeto á cuanto debéis amar y venerar, no sondeéis secretos que debéis ignorar. Hasta lo presente la Providencia os ha protegido y conducido milagrosamente. Dejad, pues, que haga lo mismo en lo venidero.

—Nada más deseo, Gretchen—repuso Federica;—pero no depende de mí el que me turben vuestras palabras. Me decís que me amaga un peligro, y no queréis revelármelo. Si lo ignoro ¿quién me defenderá?

—Yo. ¿Me prometéis ahora no ocultarme nada y advertirme á tiempo de cuanto pueda sobrevenir?

—Os lo prometo.

—No faltéis á esta promesa, os lo pido en nombre de vuestra dicha y por el alma de vuestra madre. Tan pronto el conde de Eberbach llegue al castillo, ó recibáis de París la noticia más insinificante, mandadme un aviso.

—¿Adónde?

—Vuestros criados me conocen. Decidles que vayan á buscarme, y como no les costará mucho trabajo el dar conmigo, al punto me tendréis á vuestro lado. ¿Quedamos así?

—Conformes—respondió Federica.

En esto llamaron á la puerta del saloncito.

—La cena está servida—dijo la voz de la señora Trichter.

—¿Coméis con nosotras, mi buena Gretchen?—preguntó la joven.

—No, gracias—respondió la cabrera;—no acostumbro á comer á estas horas; ya he cenado en Neckarsteinach. Además, mis cabras necesitan de mí. Las he confiado á otra pastora. ¡Cuán contentas van á ponerse al verme de nuevo! No quiero retardar su alegría.

Gretchen bajó con Federica, le hizo repetir su promesa de tenerla al corriente de todo, y se separó de ella después de haberle besado ambas manos.

Federica, otra vez en su aposento, se interrogó á sí misma, toda meditabunda y triste. La pobre experimentaba una impresión singular al encontrarse trasplantada de improviso en aquel país desconocido, en aquel castillo lleno de recuerdos aciagos, al que acababa de desposeer de la memoria de otra, y en el que su ignorancia del lugar se complicaba con el misterio de su suerte.

¿De qué provenía el terror que súbitamente se apoderara de la cabrera al saber que Federica había casado con el conde de Eberbach? ¿Por qué Gretchen, al saber que Julio no dejara de portarse como un padre, respecto de la joven, se había calmado un poco?

Era indecible la angustia que oprimía el corazón de Federica. Sola en aquel grandioso castillo poblado de recuerdos terribles, ésta trajo á la mente lo que Lotario le contara referente al suicidio de Cristiana, y veía surgir vagamente en torno de sí desdichas y tal vez crímenes. Refrescábasele en la memoria lo que Lotario la había dicho, y tal recuerdo la despavoría; pero más aun la aterrorizaba lo que Gretchen se empeñara en callar.

Entre aquellos muebles, desconocidos para ella hasta entonces, aquella cama que no era la suya, aquellas colgaduras y aquellos cuadros que la recibían como á extraña, no veía sino un amigo: el retrato de la madre de Lotario. ¡Ah! ahora que este retrato no le infundía miedo, le inspiraba cariño; ahora que no temía que la mujer representada en la tela fuese su madre, estaba contenta de que lo fuese de su prometido.

Federica se arrodilló al pie del retrato, y le dirigió señas de afecto y de ternura, creída de que era á su madre á quien las dirigía.

El parecido entre ella y la figura del lienzo era un lazo más que la unía á Lotario; la joven veía en él una como predestinación de parentesco, y fijándose en él se consideraba ya de la familia.

Y Federica estaba contenta de pertenecer á ella un poco, ahora que ya no temía pertenecer demasiado.

La joven continuó contemplando el retrato aquel y dirigiéndole sonrisas, hasta que la fatiga del viaje le cerró los párpados y amortiguó los tumultuosos pensamientos que las reticencias de la cabrera levantarán en su mente.

### XIII

#### La aparición

Gretchen no dormía. Al separarse de Federica, se encaminó apresuradamente á casa de la pastora á quien confiara el cuidado de sus cabras, la cual acababa de encerrarlas en el aprisco para pasar la noche.

—Está bien—dijo Gretchen,—mañana vendré por ellas.

Pero en el instante en que ésta iba á tomar la vuelta de su choza, una de las cabras, que al parecer había conocido la voz de su ama, se puso á balar de alegría y despertó á las demás.

—¿No queréis que me vaya sin vosotras?—dijo Gretchen; —enhorabuena, os llevaré.

Y abriendo la puerta del aprisco donde estaban encerradas, las cabras salieron en tropel y vinieron á brincar en torno de Gretchen.

—Adiós—dijo ésta á su compañera,—y os quedo agradecida al intento; ya arreglaremos luego nuestra cuenta.

Y diciendo á sus cabras:

—Venfós.

Tomó el camino de su cabaña.

Al llegar á la cual hizo entrar las cabras en un redil abierto entre peñas, su retiro nocturno habitual.

En cuanto á ella, en vez de meterse en la choza, emprendió una marcha apresurada al través de las rocas, para que el aire frío de la noche le refrescase la frente.

—¿Qué voy á hacer?—se preguntaba.—Federica me mandará un aviso tan pronto el conde de Eberbach llegue al castillo. Pero reflexionemos. ¿De qué me servirá el aviso? ¿Acaso puedo hablar? ¿No juré á la moribunda Cristiana guardar el secreto? ¿Me es dable romper un juramento hecho á una muerta, y sobre todo á una muerta como ella? Nunca debiéramos prestar juramento á nadie, pues ignoramos lo que puede sobrevenir. Juré á la que duerme en la sima, que no revelaría nunca su secreto á quien quiera que sea y particularmente á Julio. Para ocultar ese secreto á todo el mundo y sobre todo á su marido, ella se mató... Muy caro pagó el misterio para que no le pertenezca... ¡Ah! ¡cuánto debió sufrir al separarse del marido á quien tanto amaba; al renunciar, tan joven, á la vida; al arrojarse de cabeza á ese abismo, en el que su pobre y hermoso cuerpo se destrozó contra las rocas! ¡Y tanta desventura sería inútil! ¡Y lo habría sacrificado, sufrido y soportado todo para nada! ¡Y matándose para salvar su honra hubiera también matado á ésta! No, mil veces no. A lo menos no seré yo quien desmienta la esperanza de su suicidio y vuelva á matarla acabando con el intachable recuerdo que ha dejado. Sin embargo, ¿cómo puedo permitir que se cumplan los acontecimientos fatales que se están preparando? El señor conde ha respetado hasta lo presente á la prometida de su sobrino; está bien; pero esto porque estaba moribundo, porque sentía el hielo de la tumba, en la que tenía ya un pie; porque la sangre de sus venas estaba fría y se habían apa-

gado en él las pasiones humanas. Y no obstante ha experimentado arrebatos de celos cuando ha visto que Federica se mostraba demasiado familiar para con Lotario; y á tal extremo ha llegado, que la pobre, para tranquilidad de su marido y para la suya propia, se ha visto obligada á separarse de Lotario y á venir á enterrarse aquí, donde es indudable que va á reunirse el conde... ¿Y quién dice que éste no va á recobrar aquí salud y fuerzas?... No, es menester que no sane. No, Dios no le devolverá la salud, pues con ésta renacería el amor. ¡Federica es tan hermosa, pura y adorable! ¡Oh! ¡casta y santa niña, que te crees preservada porque eres la prometida de Lotario! Los hombres que desean á una mujer prescinden de todo escrúpulo, y eso lo sé por mi propia experiencia. Entonces la virtud se convierte en crimen, la probidad en infamia, todos los instintos nobles desaparecen... ¡Ah! yo necesito otra garantía que la palabra de un hombre que ama. Como se tratase de dinero, tendría fe en la promesa del conde de Eberbach; pero tratándose de conquistar á una mujer, le creo capaz, al igual que á los demás hombres, de todas las traiciones, de todas las infamias y de todas las bajezas. Por otra parte, Federica es su mujer legítima y no habría quien no le diese la razón... Entonces no me queda sino un camino, decirlo todo... Con una sola palabra puedo detener al conde, hacerle retroceder pálido y espantado de lo que iba á cometer... ¡Pero Dios mío! ¡si he jurado no decirlo!... Sin embargo, ¿por quién me callo? por Cristiana. ¿Y estoy bien segura de cumplir sus deseos? Si ella pudiese volver, si estuviese ahí y viese la terrible situación en que acaba de colocarnos nuestra desdicha, ¿persistiría en exigir el secreto? ¿No quisiera, al contrario, romperlo? ¿Dejaría expuesta, por espacio de un minuto más, á Federica á la horrible desgracia que la amenaza? De fijo que no. Entonces no habría reputación ni honra que valiesen... Cristiana se daría por muy venturosa de perderse para salvar á Federica. ¡Oh! sí, todo lo daría; arrostraría el injusto desprecio de la sociedad, más, el dolor de su marido. Mostraría la mancha de su honra para evitar una en la conciencia de Federica, cuya pureza pagaría ella gozosamente con su oprobio. Pero lo que es más que probable hiciera Cristiana ¿tengo el derecho de hacerlo yo? ¿Me ha desligado por ventura de mi solemne promesa? ¡Oh! ¡juramento, juramento mío!... Dejar á Federica expuesta á

la pasión del conde, es imposible; pronunciar las palabras que la salvarían, imposible también... ¿Qué resolver? Entre la honra de Cristiana y la inocencia de Federica, entre el crimen de ésta y mi perjurio, ¿cuál preferir?

Gretchen vagó toda la noche, perseguida sin cesar por sus perplejidades y sus dudas, y el alba la sorprendió sentada en el suelo, con la frente apoyada en las rodillas y suelta la cabellera. Entonces se levantó, fué á abrir el aprisco donde estaban encerradas sus cabras y las condujo á la cuesta, donde pasó todo el día, escogiendo con preferencia los sitios desde los cuales veía el castillo de Eberbach, para espiar si á él llegaba alguno, ó si Federica la mandaba á buscar por uno de sus criados.

Por la noche la cabrera regresó á su choza y se acostó, pues tenía el cuerpo rendido y necesitaba de reposo.

Al día siguiente Gretchen tampoco fué al castillo, esperando que Federica mandase por ella.

¿Qué hubiera hecho en él, de ir antes que el conde hubiese llegado ó que la joven hubiese tenido noticias de éste? De dejarse ver en Eberbach, era más que seguro que Federica la interrogaría premiosamente, y era inútil que ella fuese á buscar preguntas á las cuales estaba resuelta á no responder.

La cabrera aguardaba, y Federica, por su parte, hacía lo mismo.

Al día siguiente de su llegada, la joven esperaba encontrar, al levantarse de la cama, á Samuel ó á Julio, ó á lo menos una carta; pero no encontró á nadie ni carta alguna.

De esta suerte transcurrieron otros tres días.

—¿Qué significa esto?—decía entre sí Federica.—¿Cómo se explica que no reciba, cuando menos, carta del señor Samuel? ¿Qué razón puede abonar el silencio del conde, á quien es imposible que mi tutor no le haya participado mi viaje? ¿Cómo, pues, mi marido no me da señal alguna de vida? Pase que el conde no haya venido apresuradamente para demostrarme su agradecimiento y tranquilizarme, pues sus negocios pueden haberle vedado ponerse en camino é impedirselo por algunos días; pero no hay asuntos que priven escribir cuatro letras á una pobre mujer que se ha abnegado por la dicha de otro y que en medio de las angustias de la incertidumbre y de la ansiedad está aguardando el efecto de su abnegación y de su sacrificio. ¿Por ventura en lugar de

estar satisfecho y agradecido de mi partida, como me lo aseguró el señor Samuel, el conde se ha sentido contrariado y lo ha tomado á enojo? ¿Estará éste quejoso de mí porque he obrado calladamente y he envuelto en el misterio una marcha tan decisiva; porque hasta cierto punto le he violentado arrancándole inopinadamente á las ocupaciones que, como siempre me ha dicho, le obligaban á permanecer en Francia? ¡Oh! lo prefiero todo á esta incertidumbre. Si mañana tampoco recibo noticias, me vuelvo á París. Hice mal en escuchar al señor Samuel, que debía venir ó á lo menos escribirme tan pronto hubiese hablado con el conde. ¡Ah! yo soy quien hablaré con él. Uno se explica más bien de cerca que no de lejos, y me ha hecho ya padecer demasiado un error para querer incurrir en otros.

Al día siguiente Federica, al levantarse, tocó una campanilla, á cuyo llamamiento acudió la señora Trichter.

—¿Hay novedades?—preguntó la joven.

—Todavía no.

—Está bien; que vayan por caballos; me vuelvo á París.

—¡A París!—exclamó la anciana.

—A París, sí. No me repliquéis; estoy resuelta.

La señora Trichter se salió para subir de nuevo casi al punto y entrar en el aposento de Federica diciendo:

—¡Carta, señora, carta!

—¡Qué dicha!—profirió la joven;—dádme la en seguida.

Era una carta del conde de Eberbach, concebida en los siguientes términos:

«Mi querida hija: Empiezo dándote las gracias...»

Federica se interrumpió; era la primera vez que el conde la tuteaba: cambio que produjo en ella un efecto singular.

«Empiezo dándote las gracias por la buena intención á que ha obedecido tu partida. Eres pura y abnegada como un ángel. ¡Si supieses, hija querida, cuánto me arrepiento de los sinsabores que puedo haberte ocasionado! Nunca te he dicho, ni yo mismo lo he sabido hasta ahora, con qué paternal solicitud te adoraba. Quisiera verte otra vez para manifestártelo por modo más evidente que no lo he hecho hasta hoy; mas espero que Dios cumplirá mis deseos antes de llamarme á su seno.

»Con todo, hija mía querida, me veo precisado á que-  
darme en París para velar sobre asuntos que te interesan.  
No te desazones por mí; mi salud sigue sin novedad. Te  
repito que si me quedo es para activar un asunto del que  
puede resultar la aceleración de tu dicha. Lo que desearía, y  
perdóname que te lo manifieste, es que la distancia que nos  
separa fuese más corta. Así pues, te ruego que te vengas,  
ya que á mí no me es posible ir á reunirme contigo.

»No por esto creas que tu viaje haya sido estéril; an-  
tes al contrario, de él van á originarse resultados que nin-  
guno de nosotros podíamos esperar.

»Para que por segunda vez no te veas obligada á abu-  
rrirte emprendiendo sola un viaje tan largo, te envío, para  
que te acompañe, una persona que llegará á Eberbach al  
mismo tiempo que esta carta, y á la cual te recomiendo re-  
cibas como me recibirías á mí mismo.

»A dicha persona no la conoces; esto no obstante, te  
quiere más entrañablemente que no puedes imaginar. Co-  
rresponde á su cariño, y regresa cuanto antes con ella, por-  
que hasta que os vea los minutos van á parecerme siglos.

»Tu devoto padre,

»JULIO DE EBERBACH.»

Federica quedó admirada del lenguaje á la vez afectuoso  
y grave de la carta.

Era manifiesto que el conde le ocultaba algo; que había  
sobrevenido un incidente que daba un nuevo sesgo á sus  
relaciones: tanto parecía haberse modificado la ternura del  
conde.

¿Quién había, pues, podido volverle, al par que más for-  
mal, más cariñoso? ¿Quién era la persona desconocida que  
iba á venir en busca de Federica? ¿A quién dirigirse la joven  
en este nuevo cambio de suerte?

La joven pensó en la cabrera, á quien había prometido  
advertir tan buen punto recibiera noticias de París; y mandó  
por ella, que acudió diligente al llamamiento.

Gretchen escuchó, sin pronunciar palabra, la lectura de  
la carta del conde, y luego quedó imaginativa y sumergida  
en sus meditaciones.

—Antes de daros un consejo, necesito reflexionar—dijo  
por fin la cabrera.—La persona esa que debe acompañaros,  
es más que probable que llegue hoy. No os pido sino que

demoréis vuestro viaje hasta mañana. Yo voy á emplear todo  
el día estudiando lo que nos conviene hacer esta noche. Adiós.

La cabrera se separó de Federica con la cabeza llena de  
mil contradictorios pensamientos. El conde se mostraba se-  
sado y paternal, y por otra parte empleaba un tuteo insólito,  
sobre el cual la joven le llamara la atención. ¿Cómo explicar el  
silencio de Samuel? Sus antiguas sospechas respecto de éste  
se le refrescaron de súbito. El era, sí, él, quien había maqui-  
nado el viaje de Federica á escondidas de Julio. ¡Ah! ¿quién  
era capaz de decir que tal maquinación no encubría una  
perfidia y una traición de aquel hombre infame? Samuel  
amaba á Federica, y había querido hacerla su esposa, y no  
obstante, primero ante Julio y después ante Lotario se había  
retirado con condescendencia y atención inexplicables. Gret-  
chen le conocía demasiado para creer que aquél hubiese desis-  
tido sin obedecer á un plan concebido de antemano, que  
se hubiese abnegado sinceramente. Era evidente que el per-  
verso había aparentado sacrificarse, y por medios ocultos bus-  
cado apoderarse de nuevo de lo que al parecer cediera.

Por la imaginación de Gretchen cruzó una idea terrible.  
La carta de Julio no mentaba ni una sola vez el nombre de  
Lotario. ¿Qué había sido de éste? Por una parte la omisión  
del nombre del joven, por otra la inusitada familiaridad em-  
pleada por el conde, y por fin la gravedad casi triste de la  
carta; no indicaban que por esta ó aquella causa Julio creía  
poder tratar ahora á Federica como su mujer?

¿Habría el infame Samuel preparado la fuga misteriosa  
de la joven de modo que en la apariencia á ésta la hubiese  
robado Lotario?

A Gretchen no se le ocurrió la idea de un duelo entre el  
conde y su sobrino; pero sí que Julio podía haber maltra-  
tado de tal suerte á Lotario que, en un arrebato de deses-  
peración, éste hubiese hecho lo que Cristiana años antes,  
esto es, suicidarse.

En este caso todo se explicaba, la tristeza de la carta, la  
comisión conferida á la persona que debía acompañar á Fe-  
derica, persona que, sin duda, recibiera el encargo de pre-  
parar á la joven, durante el viaje, para la espantosa nueva  
que la aguardaba á su llegada á París.

¿Qué hacer?

Gretchen, febrosa y como enloquecida, pasó el día for-  
jando toda suerte de proyectos á cual más descabellado,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

hasta que al anochecer tomó una gran resolución. La cabrera se levantó prontamente, y sin detenerse espacio de un segundo, temerosa de que le flaquease el ánimo, se fué en derecha al sitio donde nunca había vuelto á poner los pies desde hacía diez y siete años: á la Boca del Infierno.

La noche estaba lóbrega; grandes y pardas nubes, impedidas por el viento, cubrían el pálido disco de la luna, y los espectros de los árboles se erguían en lúgubres actitudes.

A medida que Gretchen iba acercándose al terrible abismo, oprímasele el corazón cual si se lo trituraran con unas tenazas.

Por fin llegó, y el ruido que produjo al acercarse ahuyentó un centenar de cuervos que anidaban en el borde del precipicio y empezaron á revolotear lanzando estridentes graznidos; pero á la cabrera la preocupaban poco estos terrores externos; lo que la llenaba de espanto eran las tinieblas de su corazón.

Gretchen se arrodilló y luego exclamó con voz vibrante:

—¡Cristiana mía! ¡mi señora adorada! ¡muerta querida siempre viviente en mí! después de diez y siete años vuelvo á este abismo, tumba tuya, para preguntarte qué debo hacer y para seguir el pensamiento que tú me inspires. Cristiana, si de los muertos sobrevive algo; si tu alma siente todavía las tristezas de aquellos á quienes dejaste en la tierra; si Dios, á quien invoqué el día de tu muerte, en este mismo sitio, continúa protegiendo á los buenos y castigando á los malos, ilumíname, inspírame, háblame.

—¡Gretchen!—dijo una voz á espaldas de la cabrera, quien sintió al mismo tiempo posarse una mano sobre uno de sus hombros.

La gitana volvió el rostro petrificada de espanto, espanto que redobló en ella al ver ante sí á Cristiana, en pie, á su lado, con el semblante pálido, pero tranquilo, y al que iluminaba de lleno un rayo de luna.

Cristiana vestía de negro y parecía engrandecida y transfigurada.

Gretchen quiso gritar, pero no pudo proferir una sílaba.

—Nada temas, Gretchen mía—dijo la aparición en voz reposada y suave;—Dios te ha escuchado, y yo, que te bendigo, también. Levántate y sígueme.

La aparición echó á andar, y Gretchen se levantó y la siguió.



La gitana volvió el rostro petrificada de espanto...



## XIV

## Estudios sobre el remordimiento

Intérin, Samuel se preguntaba si le cabía la seguridad completa de que sus maquinaciones hubiesen producido el resultado que él esperaba.

¿Podía en adelante obrar con la certeza de que Lotario estaba muerto? Este era para él el problema capital.

Samuel, por la mañana que siguió al día en que viera entrar, pálido y taciturno, al conde en su palacio, y éste le había preguntado por Federica y rogádole que le dejase solo, se fué á la embajada de Prusia é interrogó al conserje y á los criados de la misma, y por ellos supo que desde la víspera nadie había visto á Lotario.

Entonces Gelb se encaminó á casa de Julio, y también interrogó á los criados de éste, que le respondieron igual que los de la embajada.

Era manifiesto que la monstruosa esperanza de Samuel estaba realizada: Julio había matado á Lotario en un duelo sin testigos.

Sin embargo, Gelb, por más que hizo, no pudo acabar con las dudas y las zozobras que le quedaron en el ánimo.

Al conde de Eberbach no había modo de arrancarle una palabra.

Aguijado, no obstante, Samuel por la idea que le preocupaba, ensayó insistir una vez más; pero no bien hubo pronunciado el nombre de Lotario, cuando Julio le recordó, con acento entre colérico y triste, la recomendación que le hiciera de que nunca más volviese á pronunciar ante él semejante nombre.

Samuel llevó la conversación por otros derroteros, y po-

cos minutos después tanteó una alusión á lo que debió de haber pasado en San Dionisio; pero Julio le desvió al punto de este camino y pretextó la necesidad de estar á solas por no sentirse bien.

Gelb, pues, se vió obligado á salir del palacio del conde, como la víspera, esto es, sin haber indagado cosa alguna.

Las reticencias de Julio, el tormento que experimentaba éste cuando en la conversación se pronunciaba el nombre de Lotario, la necesidad de ocultar á los ojos mismos de su mejor amigo la emoción que tal nombre le hacía transparentar en el rostro, eran síntomas que denunciaban por modo evidente una catástrofe, las apariencias todas de un remordimiento.

Como quiera que sea, Samuel hubiera deseado algo más cierto, esto es, tocar el cadáver, para estar seguro de la muerte de Lotario; y decimos esto, porque su curiosidad llegó á cobrar un carácter de avidez y pasión tales, que le impulsó á llevar á cabo, al día siguiente, una información que no estaba exenta de peligro.

Gelb se puso á recorrer los alrededores de San Dionisio y de Enghien é interrogó á los campesinos, á los venteros y á los barqueros, preguntándoles si habían oído hablar de alguien que se hubiese ahogado ó perecido en duelo; pero nadie supo á qué hacía referencia.

Viendo que por este lado sus pesquisas resultaron asimismo infructuosas, y como había conservado relaciones en la embajada de Prusia, al día siguiente se apersonó en ésta, y preguntó qué sabían de Lotario.

—Nada—le respondió el secretario, á quien se dirigiera Samuel;—pero sí el embajador, ya que éste nos ha dicho que por él no pasásemos cuidado alguno.

Gelb, que por fin había dado con el principio de un rastro, resolvió abocarse con el embajador, por lo que aguardó á que éste estuviese solo para hacerse anunciar.

El embajador le hizo contestar que no estaba visible; pero cediendo por último á la insistencia de Samuel, que alegó tener que comunicarle noticias de la mayor trascendencia, dió orden á un ujier de que lo introdujera.

El diplomático le reservó una acogida fría hasta el extremo de recibirle en pie y no invitarle á que tomase asiento.

—Perdone su excelencia si le incomodo—dijo Samuel;—pero se trata de un asunto que á más de interesarme extraor-

dinariamente á mí, también interesa á vucencia, á lo menos me atrevo á creerlo así.

—Explicaos, caballero—dijo el embajador con gesto im-  
pasible.

—Hace tres días—profririó Samuel—que ha desaparecido un joven á quien quería yo como á hijo y al cual vucencia parecía haberse ya aficionado; me refiero á Lotario.

—Lo sé—replicó el embajador, siempre en el mismo tono.  
—¿Qué más?

—Circunstancias íntimas que conozco yo, y que supongo conoce también vucencia, me hacen temer que al joven ese le haya sucedido una desgracia. Me han dicho que vos sabfais qué había sido de él, y me he animado á venir á pedir os noticias.

—Señor Samuel Gelb—dijo el embajador interrumpiendo casi severamente á su interlocutor,—Lotario era secretario mío. Además, como embajador, represento en Francia al reino y á la justicia de Prusia y tengo el cargo de velar por nuestros compatriotas. Así pues, no reconozco en nadie el derecho de estar más cuidadoso ni más ganoso de saber que yo, sino en la familia de Lotario, á la que éste interesa directamente. ¿Sois acaso pariente suyo? Sé que ha desaparecido, y sin embargo ya lo veís, no me altero, no me atolondro, no interrogo á todo bicho viviente, desde los criados de París hasta los barqueros de San Dionisio. Nada más tengo que deciros, pero no olvidéis que cuando el embajador de Prusia se calla, el señor Samuel Gelb tiene el *derecho* de no interrogar.

Pronunciada con semejante inflexión de voz, la palabra *derecho* equivalía visiblemente á *deber*.

El embajador despidió á Samuel con un movimiento de cabeza.

La acogida altanera y glacial del embajador no admiró lo más mínimo á Samuel Gelb; el cual no vió en ella sino el disgusto del hombre á quien le incomoda el que vayan á llamarle la atención sobre un secreto que quiere guardar.

Aquella reserva altanera antes bien le pareció un excelente indicio. De seguro que el embajador estaba en el secreto de la reparación, así como lo estaba en el del ultraje. Lo único que había era que el conde de Eberbach ocupaba una posición demasiado encumbrada por su fortuna y por su categoría y estaba demasiado próximo á la muerte para que su suce-

sor no quisiera evitar á su ilustre apellido el escándalo y la vergüenza.

No cabía ya duda: Lotario estaba muerto; porque ¿qué otra interpretación podía darse al recibimiento áspero del embajador? ¿qué le hubiera vedado á éste decirle á Samuel que el joven estaba vivo si realmente lo estaba?

La actitud de Julio era la más á propósito para corroborar esta convicción de Gelb.

Cuando éste fué á ver al conde de Eberbach, le halló, como siempre, triste, resignado, abatido, sumergido en la indiferencia fatal y amarrida de los que están prontos á todo y á nada tienen apego.

Julio había dejado de salir de su palacio y no recibía absolutamente á nadie más que á Samuel, y aun con éste apenas cruzaba algunas palabras; limitábase, puede decirse, á escuchar, sin hacer objeción alguna, los consejos que le daba, y parecía dispuesto á dejarse conducir y á no obrar más por impulso propio.

Para Samuel, tal dejadez y tal inercia eran hijos de la violenta sacudida que debió de haber producido en la endeble organización de Julio el acto cruento que éste indudablemente cometiera, y cuya sacudida quebrantó en él el resorte de la voluntad. La bala que matara al sobrino había también matado el alma del tío.

Sin embargo, Samuel, imitando á los cirujanos, que para justificar la muerte de un individuo pinohan el cadáver, ensayaba arrancar algunas palabras de aquel espectro de hombre.

Por la noche del cuarto día, Gelb se encontraba en el estudio del conde de Eberbach.

Una sola lámpara alumbraba tenuemente esta pieza, cuyo elevado techo quedaba envuelto en sombras.

—Y bien—dijo Gelb,—¿cuál es tu parecer respecto de las noticias políticas que circulan?

—¿Tú piensas en la política?—repuso el conde, encogiendo los hombros y fijando la mirada en Samuel.

—En nada más—respondió éste.—Tú no quieres ocuparte más en ella; pero yo te fio que te obligará á hacerlo. Cuando menos habrás leído los diarios de esta mañana, ¿no es eso?

—¿Acaso leo ninguno?

—¡Oh! voy á arrancarte de este sopor—dijo Samuel encaminándose hacia una mesa y tomando de entre en montón

de periódicos que en ella había, el *Monitor*, cuya faja estaba efectivamente intacta.

Luego continuó:

—Tú sabes que las sesiones del congreso de los diputados habían sido aplazadas; pues bien, ahora han hecho mejor han disuelto el congreso. Ve aquí el decreto en el *Monitor*.

—¡Ah!—dijo Julio con indiferencia.

—Ahí donde hemos venido á parar. El rey ha empleado un lenguaje que no ha sido del agrado del congreso, y éste ha contestado de una manera que no ha placido al rey; el cual entonces se ha dirigido á la nación, como un escolar zurrado por su compañero va á quejarse al maestro. ¡Infeliz Carlos X, que todavía tiene la sencillez de creer que van á darle la razón! La nación le es más hostil que los diputados mismos. En el congreso tiene contra él doscientos veintidós votantes; en Francia, no hay quien no sea enemigo suyo. El pueblo puede haber soportado, pero no aceptado una dinastía puesta otra vez en el trono por los prusianos y los cosacos. La sangre francesa es un mal bautismo para una testa real. Los electores van á enviar de nuevo al congreso á los mismos diputados, si es que no envían otros más arrebatados. ¿Y qué va hacer el gobierno entonces? Carlos X es demasiado caballeresco y está muy más cegado para aceptar esta bofetada y resignarse á la voluntad de Francia. La disolución del congreso es la guerra declarada. ¡Bravo! las provocaciones se suceden que es un gungto, y dentro de poco vamos á presenciar el duelo á muerte entre el rey y la nación.

¿Había Samuel pronunciado intencionadamente las palabras «duelo á muerte»? Lo cierto es que miró á Julio, sin duda para ver el efecto que en éste producían.

—Hazme el favor de bajar un poco la luz de la lámpara—dijo el conde;—para mis fatigados ojos es demasiado viva.

—Esto es—pensó Samuel,—no quiere que yo vea en su frente el sangriento reflejo de su duelo.

Gelb bajó la luz de la lámpara y tentó todavía herir á Julio en las opiniones políticas que suponía sustentaba éste, y tal vez provocar una discusión.

—Lo más divertido de la comedia esa—continuó Samuel,—es el aspecto despavorido y lastimoso de la oposición, de esa oposición de pega, á la que la corte cree tan terrible; es el

miedo que los liberales tienen de su propia audacia. La burguesía quiere sacar provecho del rey, exprimirle el jugo, pero no derribarlo. En verdad le agradezco que nos ayude á combatir el trono, porque en definitiva lo tiene todo, ya que monopoliza el dinero y por ende el gobierno, pues de los ricos es el triunfo en las elecciones. ¿Qué puede desear? Si no estuviese cegada y fuese capaz de ver adonde va, antes consentiría que la convirtiesen en jigote que no adelantaría un paso más. Porque has de saber que en la esencia no teme sino al pueblo. ¡Ah! ¡como pudieses leer en el corazón de esos tribunales que parecen revolucionarios! Ayer, ante mí, Odilón Barrot, á quien uno le decía que á un golpe de Estado debía contestarse con una revolución, chillaba y se despavoría ante la idea de llamar al pueblo á las barricadas. La legalidad, ahí el círculo en que se mueven y del que no salen. Todo contra los ministros, nada contra el rey. No obstante van á verse obligados á esto último. ¡Y que no me divertiré poco el día en que, apuntando á una cartera, quiebren la corona!

Julio, al parecer indiferente á todas estas noticias, no despegaba los labios.

—Dime—preguntó Samuel, dando inopinadamente otro sesgo á la conversación,—¿has escrito por fin á Federica?

—Sí—respondió Julio,—esta mañana.

—¡Magnífico!—repuso Samuel,—ya debía empezar á tenerme ojeriza; pero tú sabes cuán inocente soy en lo que está pasando. Le había prometido reunirme á ella, ó á lo menos escribirle tan pronto te hubiese participado su marcha. Mas como ahora te has encerrado en el más obstinado silencio, ¿qué querías tú que la dijese? Y debe de estar en zozobra. ¿Qué le has escrito? ¿qué le has escrito? ¿que vas á reunirme á ella?

—No—respondió Julio.—¿Qué iría yo á hacer por los caminos? Le he escrito que regrese á París cuando le aco mode.

—Parece que no te apresura el verla de nuevo—repuso Samuel estudiando con el rabillo del ojo el semblante del conde de Eberbach.

—Te equivocas—replicó Julio;—mi gozo mayor sería poder abrazarla otra vez; pero, como ves, me encuentro en una disposición de ánimo que no me permite experimentar emoción alguna. Ni fuerzas me quedan para desear. Ya tú sabes que desde hace mucho tiempo no me anima sino un anhelo:

la muerte; y este anhelo ha crecido todavía más y de una manera portentosa en estos últimos días.

Luego, incorporándose, el conde añadió con acento y mirada singulares:

—A estas horas ya debes saberlo, de fijo; ¿cuándo me moriré?

—¡Canario!—respondió Samuel en voz casi brutal— mil veces te lo he dicho ya: puede que vivas algunas semanas más, tal vez algunos meses, quizás años, ¿quién sabe? Lo que te está matando no es una enfermedad, sino la extenuación. Es imposible precisar la hora. Puedes prodigar en un día lo que de energía te queda, como economizarla y hacerla durar gastándola gota á gota. Cuando la lámpara haya concluido el aceite, se apagará, y nada más.

—¿Depende esto de mí?—preguntó Julio.

—¿Qué duda cabe? ¿De quién quieres que dependa?

—No digo que sea de ti.

Ambos interlocutores guardaron un rato de silencio, que Julio interrumpió para proferir estas palabras:

—Si algún poder tuvieses sobre el estado de postración en que me encuentro, no te diría que prolongases una existencia tan mísera, inútil y estéril como la mía, sino el tiempo que me es necesario para dar cima á una obra que he comenzado. Luego puede venir por mí la muerte; ya estoy dispuesto.

—¿Qué has comenzado?—preguntó Samuel.

—Estoy trabajando—respondió Julio—para recompensar á alguno como merece. Nada temas, no te olvidaré.

El conde de Eberbach pronunció estas palabras con acento tan singular, que Samuel no supo conocer si envolvían una promesa ó una amenaza; pero tranquilizóse al instante al ver la sonrisa benévola de aquél.

—Mi querido Samuel—continuó Julio con dejadez,—no me tildes el tétrico humor que tal vez adviertes en mí de algunos días en esta parte, ni me abandones, te lo ruego. Quépate la seguridad de que sé cuánto te debo y que haré todo lo que esté en mi mano para satisfacer la deuda que tengo contraída para contigo. Trátame con indulgencia; ya sabes que mi carácter ha sido siempre irresoluto y afeminado. Acuérdate de que cuando éramos jóvenes tú me dirigías, eras el árbitro de mis acciones, el guía de mis pensamientos. Pues bien, deseo, quiero que ahora sea lo mismo, y aun por modo más completo si es posible.

Y luego añadió en voz casi solemne:

—Samuel, pongo en tus manos mi suerte, mi voluntad y mi vida. Resuelve y obra por mí; á lo más si quiero fijarme en lo que hagas ó digas. Toma mi vida ¿oyes? y cuenta que no hablo por hablar, sino como hombre fatigado que anhelaría hallar un amigo devoto de corazón y resuelto de ánimo que le ahorrara la responsabilidad de su vida y de su muerte. Prés-tame atención: aun cuando, para librarme de los sufrimientos que todavía me tocan pasar y del tedio que me devora, considerases oportuno matarme, te absolvería plenamente de todo remordimiento y de todo escrúpulo. ¿Has oído?

Samuel miró de frente á Julio, para ver si sus palabras no encerraban una sangrienta ironía; pero éste, respondiendo en cierto modo al pensamiento de su amigo, añadió con calma y gravedad:

—Nunca en mi vida he estado más formal que lo estoy ahora.

Aquel día Samuel salió profundamente preocupado con las palabras de Julio.

—El remordimiento del asesinato de Lotario ha acabado con él—decía entre sí Gelb, vagando por las calles;—no se atreve ya ni á vivir, pero tampoco á suicidarse: tan menoscabada está su naturaleza. Él quisiera arrojar sobre mí la responsabilidad de su suicidio. En cuanto á su delicadeza y á su absolución, es un bonazo al querer ahorrarme el escrúpulo. ¡Acaso lo he tenido alguna vez! ¡Vaya con el botarate! ¿si creerá que necesito de su venia para disponer de él? Me pertenece como el inferior al superior, como la materia al espíritu, como el bruto al hombre. ¿Por ventura el hombre necesita del permiso del buey ó del carnero? No, no es el escrúpulo lo que me detiene, no la duda de si el acto es legítimo, sino la incertidumbre de si es útil. Vamos á ver, Lotario está muerto; sobre esto ya no cabe vacilar. A Julio no le quedan en el mundo más que Federica y yo, y si bien en su testamento debe de legar á ésta buena parte de sus bienes, á mí, como hace poco me ha dicho, no me ha olvidado. Por otra parte, aunque hiciera heredera universal á su mujer, ¿qué salgo perdiendo? Suprimido Lotario, Federica vuelve á mí, sí, á mí, y pertencióndome tanto más cuanto he tenido la generosidad de cederla y la tengo sujeta por un doble agradecimiento, que aumenta los derechos que me cabían ya sobre ella. Luego la muerte de Julio, sobre hacerme dueño de Federica me da la

riqueza. Desde ahora podría deshacerme de ese moribundo; pero por otra parte, de esperar algún tiempo, me ahorraría la molestia de poner yo las manos. Al paso que va, no tardará en morir por sí mismo. ¡Ea! por más que se esfuerce, no seré yo quien le empuje, á menos que los acontecimientos políticos no se precipiten; porque es menester que al mismo tiempo consiga yo mi doble propósito. Es preciso que la revolución que va á conmover á Francia y á Europa me encuentre dueño de los millones de Julio, para que esa bestia de la Tugendbund deje de oponerme pretextos y me nombre uno de sus jefes, es decir, su jefe. Queda resuelto. Mi plan es este: estar preparado, atisbar los proyectos que se elaboran en el turbio cerebro de los ministros y en las tenebrosas intrigas de las conspiraciones, y si Julio no tiene la complacencia de marcharse tan aprisa como se requiere é impolíticamente se obstina en enredarme los pies con él hilo delgado y próximo á romperse que le retiene á la vida, dar entonces un puntapié á ese hilo de araña y romperlo.

## XV

### Qué pasó en San Dionisio el día del duelo

¿Lotario, como suponía Samuel Gelb, estaba realmente muerto? ¿Cuál era el secreto de su extraña y misteriosa desaparición?

Para responder á estas preguntas es necesario que retrocedamos algunos días y que nuestros lectores nos permitan les conduzcamos al del duelo fatal entre Lotario y Julio.

En el momento en que el conde de Eberbach salió de la embajada, después de haber arrojado su guante al rostro de Lotario, en presencia del embajador, y haberle dicho que

aguardase dos palabras que iba á escribirle, el joven sintió una de las más dolorosas emociones que en su vida hubiese experimentado.

Durante su existencia, hasta entonces tan sencilla y dichosa, en la que fortuna, representación social, todo le sonriera; en la que aun la devoción misma había sido para él un gozo; en la que el amor no asumiera al principio los caracteres de una pesadumbre sino para convertirse en risueña esperanza, y en la que no pasara más zozobras y temores que las indispensables para hacerle sentir con más fuerza la dicha, puede decirse que para el sobrino del conde de Eberbach casi no había existido el sufrimiento.

Pero la desdicha le hacía pagar en un día y por modo cruel semejante atraso.

Ese desapiadado acreedor de todos no le había concedido plazo sino para arruinarle de una vez exigiéndole la deuda y los intereses acumulados.

Lotario estaba metido en una situación terrible.

¡Insultado por el hombre á quien quería y respetaba más del mundo, ultrajado del modo más infamativo en presencia de otro hombre, sin sospechar siquiera la causa de la afrenta!

¡Colocado entre dos vilezas, esto es, ó devorar un ultraje público é indeleble, ó matar á su bienhechor, enfermo, á su padre, moribundo! ¡Pasar por cobarde, ó por pariente sin entrañas! ¡Elegir entre la deshonor y la ingratitud! ¡Dilema fatal, lúgubre callejón sin salida, del que no podía evadirse sino suicidándose!

Suicidarse, sí; esto fué lo primero que se le acudió á Lotario.

Pero á su edad y amado de Federica, la muerte era una tremenda y cruel extremidad.

Además, hasta el último minuto podía sustentar la esperanza de que se aclarase aquel enigma. No era posible que el conde de Eberbach le hubiese impelido á aquel acto de cólera más que un error, y el conde podía desengañarse de su funesto engaño, como una contingencia le abriese los ojos. eta menester, pues, esperar hasta el fin.

Una vez Julio, amenazador y violento, estuvo fuera, hubo un largo y doloroso silencio entre Lotario y el embajador, entre el insultado y el testigo del insulto.

Las ideas y los sentimientos que acabamos de expresar

se atropellaban y se arremolinaban en el cerebro y en el corazón del joven.

El embajador estaba oprimado y no sabía qué decir.

Por fin Lotario se esforzó en hablar, y dijo:

—Señor embajador, sois caballero, y habéis presenciado lo que acaba de pasar. El ultraje es atroz. El conde de Eberbach es para mí un padre. ¿Qué debo hacer?

—En semejante extremo —respondió el embajador,— hombre alguno puede ni debe aconsejar á otro. La alternativa es demasiado grande para que me sea permitido echar sobre mí tanta responsabilidad. Os estimo y os quiero, Lotario, pero aun cuando fueseis hijo mío, no podría deciros sino que consultaseis con vuestra conciencia é hicieseis únicamente lo que ella os aconsejase.

—¡Ah! —profirió el joven— mi conciencia está partida en dos, como mi corazón: una mitad me recuerda el deber de lavar el ultraje y la otra mitad la gratitud filial.

—Elegid —dijo el embajador.

—¿Puedo por ventura? ¿Hay elección posible entre la ingratitud y la infamia?

—Sin embargo —repuso el embajador,— el señor conde de Eberbach no es un hombre desapoderado ni un insensato. Vuestro dolor mismo descubre que siempre os ha amado y tratado paternalmente. Ahora bien, para que por modo tan imprevisto haya cambiado de carácter y de conducta para con vos, es menester que exista una causa grave.

—¿Vos creéis que yo me he hecho acreedor al baldón de que me ha cubierto?

—Él lo cree así. Es evidente que el conde, que siempre os ha tratado con tanta ternura, no os habría insultado de esta manera si no estuviere convencido de que vos le habéis inferido un agravio irreparable. Está obcecado, no me cabe duda.

—¡Oh! sí, lo está —interrumpió con viveza el desconsolado joven.

—Pues bien, ya que me pedís consejo, el que os doy es que hagáis cuanto esté en vuestra mano para llegar á la fuente de este error. Ved si conocéis á alguno que tenga intimidad con vuestro tío, y procurad saber qué se esconde en el fondo de su cólera. Por otra parte, el señor conde no va á detenerse ahí, sino que probablemente va á daros una cita, á enviaros testigos, y éstos no consentirán en un duelo

sin conocer la causa. Así pues, vais á saberlo todo y podréis probar á vuestro tío que se engaña.

—Vuecencia tiene razón —profirió Lotario.— Gracias.

—Todavía no se ha perdido nada. Lo que precisa saber es la causa de la injuria.

Lotario se despidió del embajador, un tanto más tranquilizado, y se subió á sus habitaciones.

¡La causa de la injuria! Tal vez la carta del conde de Eberbach iba á revelársela.

El joven esperó.

En caso contrario y como había dicho muy atinadamente el embajador, los testigos tendrían el derecho de preguntar el porqué del duelo, y aun quedaría tiempo para arreglarlo todo.

—Una carta urgente —dijo de improviso un criado.

Lotario se abalanzó á ella, tomóla con presteza, despidió al portador, abrióla con ansiedad, y leyó lo siguiente:

«Os he insultado, y como vos no podéis exigirme una reparación, yo os la ofrezco.

«A las seis de esta tarde encontraos en el puente que precede á San Dionisio, atravesadlo, doblad á la izquierda, seguid el curso del río por espacio de unos diez minutos, y una vez hayáis llegado á una espesa fila de álamos, si no me veis, aguardadme.

«Id solo; solo iré yo también, con un par de pistolas, de las cuales únicamente una estará cargada, y de las que vos escogeréis la que mejor os parezca.

«Si me matáis, esta carta misma os servirá de justificación, pues declaro que os he provocado é insultado y os he puesto en la ineludible necesidad de batiros, so pena de que quedaseis deshonrado públicamente, y que soy yo quien he fijado y exigido las condiciones del duelo.

«De mataros yo, no os preocupéis conmigo. Estoy en el caso de no sustentar temor alguno.

«Pero es menester que uno de los dos muramos; á lo menos uno, tal vez los dos. Es demasiado grande mi desdicha y vos sois demasiado infame.

«JULIO DE EBERBACH.»

Esta carta apagó la última vislumbre de esperanza que quedaba en el corazón de Lotario.

Nada rezaba respecto del agravio que el conde de Eberbach creía tener contra su sobrino, y quitaba á Lotario toda probabilidad de saber lo más mínimo, al exigir un duelo sin testigos.

Sin embargo, en el fondo de situación tan horrible el joven veía, cada vez con más fuerza, una equivocación espantosa que era menester aclarar á toda costa.

¡Ah! por más que escarbaba sus recuerdos, Lotario no hallaba qué podía autorizar ni aun explicar la violencia de su tío. Puede que á los ojos de éste fuese culpado; puede que, prometido por él á Federica, no hubiese tenido lo bastante en consideración la susceptibilidad de una posición por demás delicada y excepcional; quizás no había respetado los celos del conde, ni cuidado bastante de no dar siquiera pretexto á sus sospechas, ú olvidado sus órdenes al ver de nuevo y por dos ó tres veces á Federica en la carretera de Enghien.

Pero de estas desobediencias, excusables por su edad, por su amor y por los términos en que el conde mismo le colocara respecto á Federica; de esas faltas propias del amor, á agravios reales, á una ofensa seria, á una injuria que justificase las represalias del conde de Eberbach, había una distancia inmensa. No, su tío no podía deshonrarle con la palabra con que terminaba la carta, apellidarle infame por faltas de esta naturaleza.

¡Oh! algo se escondía ahí, alguna asechanza, una traición. Pero ¿quién le daría la clave de tan sombrío enigma?

Ir á ver á su tío, pedirle una explicación y obligarle á que se lo dijese todo, era inútil el pensarlo, sobre que por otra parte era exponerse á nuevas violencias ante los que podrían estar presentes, ante los criados, ante todo el mundo; y sobrada era ya la publicidad á lance tan triste y sombrío.

Además, por filial que fuese Lotario, por mucha que fuese su desesperación al verse en lucha con aquel que de tantas bondades le colmara siempre, era hombre, y á la idea de ir á pedir explicaciones á quien le había abofeteado dos veces en el mismo día, con el guante y con la carta, le hervía la sangre.

¿A quién dirigirse? tal vez al señor Samuel Gelb.

Sí, éste le había dado pruebas de amistad sincera, como se las diera también á Federica.

Samuel, enamorado de la joven, dueño de ésta, ya por su pasado como por el juramento que le hiciera, había tenido la magnanimidad de renunciar á ella y dársela á Lotario, sin que después ni por un solo instante se desmintiese su generosidad. Siempre se había mostrado propicio á Federica y á Lotario contra las groserías del conde de Eberbach.

Éste era un amigo verdadero, que no fallaría en circunstancias tan decisivas.

Por otra parte, Samuel era el único amigo del conde de Eberbach, y como tal quizá supiese algo, y aun interviniese en caso necesario.

Gelb, pues, era el único capaz de ponerlo todo en claro y de evitarlo todo.

Entonces fué cuando Lotario tomó el camino de Menilmontant; entonces cuando Samuel, oculto y encerrado en su buhardilla, hizo decir que estaba ausente, y cuando el joven le dejó una carta, escrita allí mismo, en la cual le manifestaba la desgracia que acababa de sucederle y le conjuraba que de regresar á tiempo á su casa, se fuese corriendo á la del conde de Eberbach ó á la embajada y viese qué cabía hacer en tan deplorables circunstancias.

De nuevo en su coche, Lotario experimentó un acceso de desaliento indecible, al pensar que Samuel podía muy bien no regresar á tiempo á su casa.

¿A quién ir á encontrar? ¿á Federica? Hubiera sido exponerse á dar con el conde de Eberbach y aun á aparentar que hacía desprecio de él; porque es de saber que aun cuando el joven no tenía prueba alguna, su instinto le advertía claramente que ella era la causa del duelo que iba á efectuarse, sin embargo de lo cual no podía evitarlo.

Entonces no le quedaba á Lotario nadie á quien acudir. Sí, había una persona: Olimpia.

En efecto, ¿cómo no había pensado más pronto en la cantarina, siendo así que ésta le exigiera y él se lo prometiera, que de correr un peligro, cualquiera que fuese, se lo avisaría inmediatamente? ¿No le había dicho Olimpia que tenía influjo decisivo en el ánimo del conde, y que con tal de ser advertida á tiempo le salvaría de toda catástrofe que pudiese originársele de parte de su tío?

Tal vez Olimpia se engañaba, tal vez exageraba el influjo que ejercía en el corazón del conde de Eberbach; pero Lo-

tario no estaba en el caso de andarse con exigencias ni de desdenar medio alguno.

Por otra parte, la artista le hablara con acento tal de convencimiento y tan penetrada de lo que decía, que de momento él la había creído; y con más razón la creía ahora que no le quedaba otra esperanza que ella.

Lotario llamó, pues, á su cochero y le dijo que le condujese al muelle de San Pablo.

Cuando el joven se hizo anunciar en casa de la cantarina, era un poco más de la una.

Olimpia, al verle entrar, quedó admirada de la expresión de abatimiento que se reflejaba en el rostro de Lotario, y encaminándose apresuradamente á su encuentro, le preguntó:

—¿Qué os pasa?

—Me recomendasteis que depositase toda mi confianza en vos...

—¿Y bien?—interrumpió la artista.

—Me abruma una gran desgracia.

—¿Qué os sucede? decídmelo pronto—profririó Olimpia palideciendo.

Lotario, henchido de dolor el corazón y cubierto de sonrojo el semblante, contó á la artista el agravio que públicamente le infiriera el conde de Eberbach.

—¿Y vos no adivináis la causa de la cólera de vuestro tío?—preguntó Olimpia, que consternada y sin pronunciar palabra había escuchado el relato del joven.

—Nada sospecho—respondió Lotario.—Todo lo que tengo que echarme en rostro respecto de mi tío, es, como vos sabéis, el haber encontrado dos ó tres veces á Federica en la carretera de Enghien después de habernos él prohibido que nos viéramos á solas. Nunca hemos hablado más de cinco minutos. Por la salvación de mi alma os juro que sobre mí no pesa otro cargo, y no es posible que por causa tan liviana mi tío haya llegado á un exceso de tal naturaleza.

—¡Oh!—murmuró Olimpia—en esto anda la mano de Samuel Gelb.

—El señor Samuel Gelb nada tiene que decir contra nosotros.

—Desdémona y Casio son inocentes—respondió la cantarina,—y sin embargo Yago, con una sola palabra, los hace

matar por Oteló. Ya os dije que desconfiaseis de ese hombre.

—¿Y por qué me llevaría odio?—preguntó Lotario.

—Los malvados no necesitan de razón alguna para odiar; les basta para ello su vileza. Además, vos le habéis tomado la mujer á quien amaba.

—No se la he tomado, me la ha dado él mismo. Si le enfierece el que lo porvenir de Federica me pertenezca, en la mano tenía el que no fuese mía, reservándosela para sí.

—En ocasiones la gente da, y luego echa menos lo que ha dado. Por otra parte, á Samuel le asistían quizás otras razones desconocidas para nosotros. Yo me encargo de hacerlos evidentes sus tenebrosas maquinaciones. Le conozco, y conozco al conde de Eberbach, y os respondo de que en el guante que os hirió el rostro había la mano de Samuel Gelb.

Ante una convicción tan decidida, Lotario titubeó.

—Creedme—insistió Olimpia.—Si os explicase yo ciertas cosas que es inútil os las diga, os convenceríais de la verdad de mis palabras. Ahora, empero, lo esencial es, no saber de dónde viene el tiro, sino ponernos á cubierto. ¿Qué habéis hecho desde que recibisteis la carta de vuestro tío?

Lotario refirió la visita que hiciera á Menilmontant y recitó el billete que para Samuel había dejado en casa de éste.

—¡Conque él ha sido el primero en quien habéis pensado!—exclamó Olimpia;—pero no importa. No es este el momento de las recriminaciones y de los reproches. Todavía estamos á tiempo; nada temáis. Os agradezco que hayáis venido. Os salvaré, y salvaré al conde de Eberbach. Os quiero como á hijo, y él... tal vez pronto sepa cuánto le amo.

—Gracias, señora, gracias.

—¡Ah!—continuó la artista—cara me va á costar la salvación de los dos; pero el sacrificio ante el cual he retrocedido siempre y que no quería llevar á cabo hasta el último extremo, lo haré ahora, aun cuando en ello me vaya la vida.

—¡Oh! señora—profririó Lotario,—no quiero que compréis mi salvación á tal precio.

—Dejadme obrar, hijo mío; dejad que Dios, cuya mano anda visiblemente en este drama, cumpla sus designios. Vamos á ver, coordinémoslo todo. ¿A qué hora decís que el conde de Eberbach os ha citado para el puente de San Dionisio?



—A las seis.

—Está bien; como basta que partáis á las cinco, nos quedan tres horas de plazo y de reflexión. Durante ellas haced lo que más os plazca: idos á pasear, á ver á vuestros amigos, á ocuparos en vuestros asuntos, sin zozobra, sin inquietud, cual si no hubiese ocurrido nada. ¡Ah! quépaos la seguridad de que de nosotros dos no sois vos el que más tiene que temer y sufrir. Pero ¡bah! tarde ó temprano debía llegar la hora.

—¿La hora de qué?—preguntó Lotario.

—Ya lo sabréis. Ea, idos á tomar el sol; yo, entretanto, meditaré y sobre todo suplicaré á Dios que no me abandone. A las cinco venís y os diré lo que he decidido; pero desde ahora os afirmo que no corréis peligro alguno, podéis estar de ello plenamente convencido.

—¡Oh señora!—profririó Lotario, no sabiendo si dar crédito á tales palabras.

—¡Ah!—continuó Olimpia—no necesito advertiros que entre los amigos á quienes podéis visitar, exceptuó al señor Samuel Gelb. Ya habéis cometido una imprudencia gravísima yendo á Menilmontant; pero por fortuna no le habéis hallado. No os volváis á la embajada, pues quizá vuestro billete conduciría á ella á Gelb, el cual os daría algún pérfido consejo que lo comprometería todo. ¿Me juráis que no iréis á ver á Samuel Gelb y que haréis cuanto esté en vos para evitar su encuentro?

—Os lo juro—respondió Lotario.

—Perfectamente. Ahora podéis marcharos, y hasta las cinco en punto.

—No haré falta.

Lotario se salió tranquilizado á pesar suyo. La seguridad de Olimpia había acabado por transmitírsele á él.

Sonaban las cinco cuando el joven subía de nuevo á casa de la artista, á quien halló grave y triste.

Olimpia, al notar que su estado iba á despertar de nuevo las zozobras de Lotario, se sonrió y dijo:

—Nada temáis, estáis salvado. No es vuestro porvenir lo que me entristece.

—¿Acaso es el vuestro?—preguntó el joven.

—¿No está abajo vuestro coche?—dijo la artista, esquivando la respuesta y levantándose.

—Sí, señora.

—Partamos, pues.

—¿Os venís conmigo?—preguntó Lotario con sorpresa.

—Sí; ¿halláis algún inconveniente?

—Es que yo me voy al sitio para el cual me ha citado el conde.

—No es á vos á quien éste hallará, sino á mí.

—¡Es imposible!—exclamó Lotario.

—¿Por qué?

—Porque parecerá que huyo, que tengo miedo, que envío á una mujer en mi lugar para mover á compasión á un adversario; porque el conde me despreciaría; porque quedaría consumada mi deshonra. ¡Es imposible!

—¿Vuestra honra?—dijo Olimpia—en más la tengo yo que no vos mismo. Escuchad, Lotario, y atended que os hablo con toda formalidad, en nombre de vuestra madre, á quien conocí, ¿ois? Pues bien, por la memoria de vuestra madre os juro que vuestra honra no corre riesgo alguno en lo que os propongo. ¿Me creéis ahora?

—Señora—dijo Lotario titubeando y lleno de turbación.

—Por otra parte—prosigió la cantarina,—vos estaréis en el lugar de la cita, sólo que permaneceréis en el coche, á algunos pasos del sitio donde yo hablaré con el conde de Eberbach. Si éste, después de haberme escuchado, no corre hacia vos y no os abraza y no os da las gracias, quedaréis libre de presentaros y de terminar el asunto como os lo dicte vuestra honra. Supongo que de este modo no opondréis nuevas objeciones á mi ida con vos.

—Señora, señora—profririó el joven,—no se trata aquí de argucias femeninas, ni de que para salvarme me engañéis. Señora, ¿me juráis por lo que más amáis en el mundo, que si no conseguís apaciguar al conde, me cabrá ofrecer mi vida á su cólera?

—Os lo juro por lo que más amo en el mundo.

—Vamos—dijo Lotario, vacilando aún y como pesaroso;—las dudas absorben horas y sólo disponemos de contados minutos.

Olimpia y el joven se subieron al coche y partieron rápidamente para San Dionisio; mas por el camino los escrupulos asaltaron de nuevo al pundonoroso joven, á quien repugnaba por modo indecible el enviar á una mujer en su lugar en un asunto que no podía sino ventilarse entre hombres.

—Hijo mío—le dijo Olimpia,—vos no os fijáis en que las circunstancias presentes son por demás extraordinarias. ¡Ay! la situación en que nos encontramos todos y cada uno de nosotros es mucho más excepcional de lo que vos no os figuráis. No es esta ocasión de detenernos en susceptibilidades vulgares cuando se trata de cosas y de desdichas únicas. Recordad cuántas veces ya la falta de confianza os ha arrebatado vuestra ventura. Como os hubieseis espontaneado con el conde ó conmigo hablándonos de vuestro amor por Federica, en la hora de ahora ésta sería vuestra mujer y no hubiera ocurrido ninguno de los siniestros acontecimientos que deploramos. No recaigáis, pues, de nuevo en la misma falta. Fíad en mí, os lo pido en nombre de vuestra dicha y de la de todos nosotros.

—Sí—repuso Lotario,—pero hay algo superior á todos los raciocinios: el conde de Eberbach me ha dado una cita, y va á creer que no he comparecido á ella.

—No tal—replicó la cantarina;—tan pronto le vea le diré que vos estáis á dos pasos de él y á sus órdenes.

—¿Vos empezareis por decirle esto? ¿Me lo juráis?

—Os lo juro. ¡Oh! Cônsteos que en este momento vuestra honra y en particular vuestra dicha constituyen el único interés de mi vida.

En esto el coche en que iban la cantarina y el joven llegó al puente.

—Hemos llegado—dijo Olimpia.—¿Cuál es el lugar de la cita?

—A la izquierda—respondió Lotario con abatimiento;—para llegar á él hay que andar diez minutos, hasta dar con una fila de álamos.

—Está bien.

Olimpia dió con la mano unos golpecitos en el cristal delantero para que el cochero detuviese á los caballos, y luego dijo al joven:

—Vais á quedaros aquí; yo iré á pie.

Y sin dar tiempo á Lotario para que reflexionase y empezase de nuevo con sus objeciones, Olimpia se apeó y dió orden al cochero para que siguiese adelante en línea recta y la aguardase á un centenar de pasos del puente.

—Esperanza—dijo la artista al joven, é indudablemente también á sí misma.

Lotario, que se había levantado, se dejó caer de nuevo



—Esperanza—dijo la artista al joven...

anonadado, fuera de sí, con la cabeza entre las manos, en uno de los rincones del testero del coche.

Por lo que respecta á Olimpia, echó á andar á lo largo del Sena.

El sol caminaba á su ocaso, y sus rayos teñían de deslumbradores y á la vez sombríos reflejos las aguas, que en lucha postrera confundían en su seno la luz y las tinieblas; el aire fresco de la velada empezaba á soplar, suavizando el calor del día, y al paso de Olimpia echaban á volar ante ella algunas nevatillas, que no despavoridas, sino ahuyentadas, iban á posarse algunos pasos más allá.

Algunas nidadas, que empezaban á adormecerse, todavía picoteaban suavemente en los árboles de la orilla.

La cantatriz caminó á buen andar y como instintivamente, hasta la hilera de álamos, y una vez en el sitio designado, tendió una mirada á su alrededor. El conde de Eberbach no había llegado aún.

Olimpia vió un pequeño remanso sombrado por algunos sauces, y se sentó junto al agua, sobre la hierba, donde, viendo sin ser vista, aguardó, latiéndole el corazón hasta parecer que quería saltársele del pecho; tanta era la emoción que la embargaba.

—¡Ha llegado la hora!—murmuró la cantarina, estremeciéndose de improviso.

Hacia el sitio donde se encontraba Olimpia, avanzaba lentamente un hombre envuelto en holgada capa y escudriñando en torno de sí el terreno.

La artista miraba acercarse al recién llegado, y cuando éste no estuvo sino á dos pasos de ella, se levantó inopinadamente.

## XVI

## Donde Olimpia se da á conocer á Julio

—¡Olimpia!—exclamó el conde de Eberbach lleno de estupefacción.

—La misma—repuso ésta avanzando.—No esperabais encontrarme aquí.

—No sabía siquiera que estuviérais en Francia; pero—añadió reponiéndose—¿cómo se explica vuestra presencia en este sitio? ¿sabíais por ventura que en él ibais á verme?

—Sí.

—Entonces lo comprendo—dijo el conde poniéndose taciturno.

—¿Qué comprendéis?

—Que aquel á quien esperaba yo encontrar aquí os ha enviado para llegar á una reconciliación imposible, ó para solicitar un perdón que no se lo concederé nunca. Lo siento, pues creía que á lo menos era valiente.

—No es el perdón lo que necesita Lotario—repuso Olimpia con gravedad,—sino disculpas.

—¡Disculpas! ¡é! ¡ese canalla!—exclamó Julio.—¡Ah! ha obrado santamente al no venir él mismo á decirme semejante, porque mi paciencia no hubiera llegado hasta dejarle terminar. Mas no espere escapar de mis manos el cobarde; sabré dar con él.

—No tendréis que andar mucho para encontrarle. Está aquí.

—¿Dónde?

—En la carretera, no cinco minutos de este sitio. Yo soy quien le he obligado á esperar; yo quien le he impedido que cumpliera sus deseos de venir. Primeramente he querido hablar con vos; si una vez me hayáis escuchado persis-